

HANNAH NICOLE MAEHRER

**ADVERSARIA
DEL
VILLANO**

Traducido del inglés por Nerea Gilabert Giménez

FAERIS

RENNEDAWN

SEGURO QUE
LAS VISTAS
SON UNA KK

Si le pides un deseo
al Villano...



LA CIUDAD RADIANTE

LISTA DE COSAS
SINIESTRAS PENDIENTES:

- ☐ BOMBAS PESTILENTES
- ☐ INJURIAS
- ☐ CALAMIDADES
- ☐ ¡CATÁSTROFE!



VIVA EL MAL

\$\$\$
EL POZO
DE LOS DESEOS
MÁS O MENOS
POR AQUÍ

BOSQUE DE HICKORY

CAMPO DE DIENTES
QO DE LEÓN

VILLA CORAZÓN

MAR LILA

JARDINES DE
RENNEDAUN

Adversaria del villano es una novela de romance y fantasía para partirse de risa en la que aparecen lenguas cortadas y cuidadosamente catalogadas en informes posteriores a la tortura y reuniones tremendamente inútiles que podrían haber sido una misiva por cuervo mensajero. Además, la historia contiene elementos que pueden no ser adecuados para todos los lectores, como sangre, muertes, batallas, lesiones graves, referencias a torturas, escenas sexuales, traición y abandono parental, lenguaje explícito, deterioro medioambiental, conversaciones sobre cocinar y comer humanos, acoso, consumo de alcohol, peligro de ahogamiento y la muerte de un animal. Aquellos lectores que sean sensibles a estos temas, por favor, tómenlo en cuenta.

PRÓLOGO

Érase una vez...

No era habitual que uno *detestara* que acabara la semana laboral, el último día de tortura antes del ansiado respiro del fin de semana. Sin embargo, tampoco lo era que una oficina estuviera dirigida por el villano más notorio del reino.

El caso es que ese villano *aborreecía* el fin de semana.

Trystan Maverine no estaba seguro de por qué motivo había empezado a sentir esa ira tan profunda y fulminante. Quizá fuera el silencio opresivo con el que se despertaba a la salida del sol los sábados por la mañana. O el hecho de que hubiera comenzado a evitar la cocina y los aposentos de Tatianna por miedo a que su antigua vida se colara en la nueva, la única que conocería hasta el día de su inevitable muerte. Puede que fuera porque, durante los días libres de sus trabajadores, no podía ejercer el propósito de su vida actual: hacer el mal. No obstante, últimamente, lo que más empezaba a odiar era la ausencia..., su ausencia. La de ella.

Evie Sage llevaba menos de cuatro semanas a su servicio. ¿De verdad solo había pasado un mes? Tenía la sensación de que eran años. Años confusos, agotadores y también angustiosos. Y aun así, en ese tiempo, su asistente había demostrado ser sorprendentemente capaz de satisfacer todos sus caprichos malignos, adaptándose a su forma de hacer las cosas con una sonrisa tan amplia y

reluciente que le sorprendía que aún no se le hubiera desencajado la cara.

Al parecer, a quien había desencajado era a él.

El sonido de una risa melodiosa se coló por la rendija abierta de la puerta de su despacho. Sabía quién era la culpable, ¿cómo no iba a saberlo? Si el sonido en sí no la delataba, el mero hecho de estar riendo ya era indicio suficiente. Nadie se había atrevido a reír en la oficina de El Villano antes que ella, al menos no lo bastante alto como para que él lo oyera.

Aquello bastó, en ese último y lúgubre día de la semana laboral, para colmar el vaso de su paciencia de tirano.

—¡Sage! —rugió, abriendo la puerta de un manotazo.

La risa cesó, gracias a los dioses, pero, cuando su asistente se dio vuelta hacia él, vio que la sonrisa seguía en su sitio y eso lo hizo sentir un poco como si la hubiera usado como un arma arrojadiza contra su cabeza. A lo mejor por eso de repente se sentía mareado. Carraspeó con la esperanza de que ella no se hubiera percatado de que casi se tropieza al verla, y en ese instante se dio cuenta de que Sage no estaba hablando con nadie. ¿Qué la había hecho reír tanto? Fue entonces cuando vio los papeles que tenía en las manos.

—Está catalogando mi sesión de tortura de esta mañana, ¿correcto?

Ella asintió enérgicamente y unos cuantos rizos que se habían soltado de las horquillas rebotaron siguiendo el movimiento.

—Sí, por supuesto, señor. ¡Lo tendré listo enseguida!

—¿Es en la que le corté la lengua a un hombre y lo obligué a tragársela?

Ella parpadeó.

—Sí, señor. ¿Desea que catalogue algún otro incidente de la misma...? —Se quedó callada un segundo y arrugó la nariz mientras reflexionaba—. ¿Índole?

Si alguna vez en su vida Trystan se hubiera permitido soltar una carcajada, habría sido justo en ese instante.

—No, Sage. —Hizo una pausa y luego continuó—: Aunque admito que siento curiosidad por saber qué es lo que le parece tan divertido.

Ella se sonrojó tanto que casi podía sentir el calor que le emanaba de la piel a pesar de estar a una distancia prudencial.

—Ay, es una tontería.

Él se la quedó mirando fijamente.

Sage empezó a jugar con la trenza, enrollándose el extremo alrededor del dedo.

—¡No me refiero al acto de tortura en sí, por supuesto! Eso no es ninguna tontería. Es que estaba escribiendo los detalles sin prestar mucha atención y, al bajar la vista, me di cuenta de que había escrito que el hombre se había... *trabado* la lengua en vez de «tragado»... —Se le escapó otra risita y se tapó la boca con la mano.

Él siguió observándola y soltó un bufido de incredulidad.

—¿Que se había... trabado la lengua?

—¡Sí! Ya sabe, esa expresión que hace referencia a cuando nos equivocamos al hablar y balbuceamos algo sin sentido. Y me dio risa porque el pobre hombre no podía haberse trabado la lengua. Más que nada porque usted..., bueno, eh..., se la había cortado —concluyó con una mueca avergonzada, aunque sin darle tregua a esa amplia sonrisa.

Él notó que las comisuras de su boca se curvaban hacia arriba sin poder controlarlas y tuvo que apartar la mirada.

—Lo lamento, señor. No era mi intención ofenderlo con mis divagaciones.

—No me ofendió —respondió con brusquedad. Detestaba que esta mujer tuviera semejante efecto sobre él. Por suerte, había pocos testigos. Solo quedaban un par de trabajadores y, aparentemente, todos estaban recogiendo sus cosas. Entre ellos, Rebecka Erring, que los observaba con unos ojos que percibían más de lo que resultaba conveniente.

—¿A usted alguna vez se le traba la lengua, señor?

Su inesperada pregunta lo devolvió a la realidad y lo dejó desconcertado, puesto que no recordaba la última vez que alguien le había preguntado algo de carácter personal. Más aún cuando se dio cuenta de que no había ningún atisbo de miedo en ella; en esos ojos azules que lo miraban solo había curiosidad.

—¿A usted qué le parece, Sage? —inquirió arrastrando las palabras, enterrando el ansia de escuchar su respuesta a tanta profundidad que habría que partir la Tierra por la mitad para alcanzarla.

Ella lo miró de arriba abajo y él resistió el impulso de enderezar los hombros, preguntándose qué estaba observando.

—No estoy segura —contestó finalmente—. Lo que sí sé es que a mí nunca me pasa, pero porque mi boca no espera a que a mi cerebro se le ocurra qué decir, ella actúa por su cuenta.

Algo había notado, sí. Y no solo lo había notado, sino que también le resultaba entrañable, aunque de la forma más repugnante posible —si es que algo podía resultarle entrañable a un hombre nacido para sembrar el mal—. No obstante, esa falta de filtro le parecía refrescante... y a menudo lo llevaba a preguntarse cómo esa mujer había llegado tan lejos en la vida sana y salva.

Aunque también era verdad que había terminado trabajando para él.

—Desde luego, es usted una persona involuntariamente honesta, Sage —dijo con total seriedad.

Ella sonrió radiante, como si acabara de decirle que tenía el pelo hecho de oro y los ojos salpicados de diamantes.

—Qué amable de su parte, señor.

En algún lugar del mundo, un duendecillo acaba de perder las alas, pensó con sarcasmo.

Se pellizcó la nariz y soltó un suspiro.

—No era mi intención ser amable.

Sin embargo, su gratitud bien podría haber sido una roca, dado que la sintió como un golpe en el pecho. Por lo general, de-

testaba cualquier forma de alegría, pero este era un sentimiento completamente nuevo: la presencia de esa mujer le provocaba un malestar constante en el estómago. Se preguntó qué pensaría ella si la comparara en voz alta con una intoxicación alimentaria.

—Termine con esto y váyase a casa —le ordenó para evitar hacer alguna tontería, como equiparar el efecto que ella le causaba con el de un pescado en mal estado. Lo cual habría sido igual de deshonesto que de ridículo, dado que aquella condenada mujer siempre olía a los caramelos de vainilla que comía a diario (sospechaba que iba a caramelo por hora).

Dio media vuelta para no verla más, con la esperanza de que esos dos días de ausencia le dieran tiempo suficiente para borrar de su memoria aquella horrible interacción.

Pero entonces ella se levantó de la silla, arrastrándola por el suelo de piedra, mientras lo llamaba.

—Señor, antes de irme... ¿puedo preguntarle cuál es la política de la empresa sobre las relaciones sentimentales entre compañeros de trabajo?

Al diablo.

Esa interacción se iba a quedar grabada a fuego en su cerebro.

Giró hacia ella despacio.

—A mi despacho —respondió con frialdad—. Ahora.

Ella se apresuró a seguirlo, entró tras él y se fue hacia la esquina para tomar la silla en la que solía sentarse, la misma que se había convertido en el centro de una tácita guerra diaria. El primer ataque había sido perpetrado por él al empujar el asiento lo más lejos posible del escritorio, seguido de ella ignorando por completo esa acción y acercándolo de nuevo.

Desde entonces, se había convertido en una especie de ritual y, a pesar de su evidente irritación, no le había dicho en ningún momento que parara. Se limitaba a observarla con el rostro impasible. No la ayudaba cuando la silla, inevitablemente, se atascaba en las baldosas irregulares del suelo; de hecho, encontraba un morboso entretenimiento en verla tropezar mientras la arrastraba

y se deleitaba con su adorable ceño fruncido al sentirse traicionada por aquel objeto.

Debía arreglar las baldosas del suelo.

No lo iba a hacer.

Pero probablemente debía.

Cuando por fin soltó la silla y se sentó, él caminó con parsimonia hasta su asiento al otro lado de la mesa. El nerviosismo de Sage era palpable. Intentó disfrutarlo.

—¿Sería tan amable —preguntó con voz grave, cruzando las manos sobre el elegante escritorio negro y echando los hombros hacia atrás— de decirme por qué le interesan las normas de confraternización en la empresa?

No parecía intimidada, aunque, a decir verdad, nunca conseguía provocarle ese efecto por mucho que lo intentara. Era un misterio por qué seguía probando suerte cuando cada vez estaba más claro que a ella le encantaba. También era un misterio qué carajos le importaba a él si ella quería fraternizar con sus compañeros de trabajo.

Románticamente.

Sage no percibía su creciente ira. Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, frunció los labios y empezó a jugar con las manos.

—Uno de los chicos de contabilidad insinuó que este fin de semana estaría..., eh..., dispuesto a profundizar en nuestra relación fuera del ámbito laboral. Le dije que tenía que comprobar si eso rompía alguna regla.

Lo único que se iba a romper eran los huesos del condenado cerebritito de las matemáticas que se había atrevido a hacerle semejante propuesta.

Aquello era un lugar de trabajo, no una agencia matrimonial.

Reymundo se subió al escritorio de un salto, sosteniendo dos cartelitos que indicaban que sabía lo que estaba pensando Trystan.

MIERDA.

Trystan agarró los cartelitos sin miramientos y los lanzó por la ventana.

Sage se lo quedó mirando con cara de incompreensión y luego le sonrió a Reymundo, quien se acurrucó en su palma.

—¿Qué quiere decir con «profundizar en nuestra relación»? —preguntó él, en apariencia impasible, pero con el corazón acelerado como si estuviera huyendo. En este caso, lo que lo perseguía era una emoción humana básica.

—Tener una cita —aclaró ella, mirándolo con la cara de preocupación que normalmente se pone al hablar con un anciano que siempre pierde las llaves de casa. Después soltó un suspiro y se señaló el pecho—. Admito que al principio a mí también me desconcertó, porque creía que todos los de la oficina me encontraban rara.

—Es que *es* rara —respondió él como acto reflejo, y tuvo que reprimir el impulso de darse un cabezazo contra la mesa de madera.

—Gracias por la confirmación —replicó Sage con sarcasmo, haciendo un gesto con la mano.

Era rara, sin duda, pero cualquier persona normal debía ser capaz de ver que también era un ser extraordinario y excepcional; alguien que no se inmutaba ante los informes de lenguas cortadas e incluso encontraba motivos para reírse mientras los redactaba; alguien que nunca parecía quedarse sin comentarios estrambóticos que soltar cuando la situación se ponía tensa, que era justo lo que debía de pensar que estaba pasando ahora.

Sage comenzó a divagar y sus palabras resonaron en los oídos de Trystan de la forma más terrible posible.

—La última vez que alguien me cortejó, la cosa acabó fatal —explicó desviando la mirada—. Éramos totalmente incompatibles. Bueno, físicamente no, claro, aunque tampoco es que en ese aspecto fuera nada del otro mundo. —Se tapó la boca con la mano—. Supongo que podría haberle ahorrado esa parte. —Las palabras sonaron amortiguadas, pero denotaban vergüenza.

Sí, podría habérsela ahorrado, dado que la mera mención de esa escena lo obligaba a pensar en su asistente en términos físicos. Lo cual no consiguió alterar la serenidad de su expresión facial, aunque, si a ella se le ocurría bajar la mirada, descubriría que tenía los nudillos blancos de tanto apretar el borde del escritorio.

Debería haberle dicho que aceptara. Pensó que, con un poco de suerte, se enamoraría de uno de sus empleados y lo dejaría en paz de una vez por todas.

No era relevante que el mero hecho de plantearlo le causara náuseas.

Quizá había comido pescado en mal estado y ahora la podredumbre le estaba contaminando la sangre, volviéndolo loco.

—Las relaciones sentimentales entre compañeros no están permitidas. De hecho, están estrictamente prohibidas —soltó sin pensar, y de repente comprendió lo duro que era vivir como Sage: con una boca que se adelantaba al cerebro—. Sin embargo —añadió tratando de contenerse—, si usted tiene muchas ganas de conocer mejor a ese individuo a pesar de la política de la empresa... —se tragó las palabras como quien se traga un cuchillo de carnicero—... podríamos hablar con la señorita Erring para barajar una posible excepción.

Ella agitó las manos mientras negaba con la cabeza. Trystan nunca había sido ni sería jamás un experto en emociones humanas, si bien habría jurado que los hombros de su asistente se relajaron por el alivio más que por la decepción.

—¡No, no! ¡No hace falta! Gracias por el ofrecimiento, pero debo admitir que esperaba que me dijera que no —contestó; después exhaló y se llevó una mano al pecho.

Él arqueó una ceja, esperando pacientemente a que continuara y preguntándose en qué punto se había perdido, dado que no entendía nada.

—Me lo propuso delante de todo el mundo a la hora del almuerzo —explicó Sage en voz baja—. No me interesaba aceptar, pero tampoco quería avergonzarlo, así que le dije que primero tenía que consultarlo con usted.

¿El hombre se lo había pedido delante de más gente? Ni siquiera Trystan era tan torpe como para incomodar tanto a una mujer, y menos a una que parecía siempre tan dispuesta a complacer a los demás. Aquello era abusivo.

La ira volvió a expandirse por su interior, esta vez con una potencia insólita.

¿Desde cuándo me sorprende mi propia ira?

—Hágame el favor de decirle que, si insiste, habrá consecuencias —respondió Trystan con una frialdad que hizo temblar incluso a Reymundo.

Un atisbo de vulnerabilidad se reflejó en el rostro de Sage.

—Gracias, señor. Es un alivio. —Se le suavizó la mirada—. Aunque supongo que será un alivio mayor cuando se lo diga. Espero que no se sienta demasiado ofendido.

La idea de que alguien, especialmente un hombre que trabajaba para él, pudiera vejarla de cualquier forma ante aquella negativa le resultaba tan insoportable que se levantó de la silla.

—Puedo darle yo mismo la noticia, si eso la ayuda.

Quien dice darle la noticia dice empujarlo por el tejado.

—Ay, no hace falta. —Ella se rio y exhaló un suspiro que llevaba tiempo conteniendo—. Me siento un poco cobarde, la verdad. Debería haberlo rechazado en cuanto me lo pidió.

Era absurdo. No había nada ni remotamente parecido a la cobardía en esa mujer, a pesar de los denodados esfuerzos de Trystan por evocarlo.

—¿Por qué no lo hizo? —preguntó él.

—Bueno... —Realizó una pausa, como si estuviera meditando sus siguientes palabras—. Creo que es bastante difícil decirle que no a alguien cuando no sabes cómo va a reaccionar.

Todos los músculos del cuerpo de El Villano se tensaron.

—¿Temía que le hiciera daño?

Esa pregunta era peligrosa, pero, justo después de formularla, el sol poniente se coló por la ventana e iluminó el lugar exacto donde ella estaba sentada, como si también suplicara un cambio

de tema. La luz que se reflejaba sobre su cabello oscuro hizo que el azul de sus ojos pasara de suave a penetrante.

Todos los pensamientos de Trystan se desvanecieron en un instante.

Ella no respondió a su pregunta, solo sonrió, entrecerrando ligeramente los ojos.

—Parece que la luz del sol ha querido unirse a la conversación para aportar un toque de alegría.

¿Alegría? No. Tal vez para alejar la oscuridad y aportar seguridad, para lograr que aquella interacción fuera más soportable, si bien era cierto que, al verla disfrutar, lo que sentía en el pecho era lo más parecido a la felicidad que había experimentado en mucho tiempo.

Haciéndose sombra con una mano sobre los ojos, Sage ladeó la cabeza.

—¿Por qué su ventana es una de las pocas que carecen de esas preciosas vidrieras?

—Porque representaba una escena demasiado feliz para mi gusto —murmuró él, recordando el día en que la había desmontado pieza a pieza antes de ordenar a sus guardias que se la entregaran a la persona que más lo había traicionado.

Sage se enderezó.

—Ah, ¿sí? ¿Qué tan feliz?

Con una ceja enarcada, observó la ventana de reojo.

—Representaba a dos amantes en un campo de flores. Intentaban alcanzarse, pero no llegaban a tocarse.

Ella esbozó una sonrisa.

—¿Y eso le pareció que era *feliz*?

—Me pareció molesto y poco agradable a la vista. —Resopló. El sol seguía iluminando con saña el lugar donde ella estaba sentada, provocando que todo su cuerpo resplandeciera. Por un momento, deseó que ella también fuera... molesta y poco agradable a la vista.

Por desgracia, era encantadora.

¿Encantadora?

Maldita sea.

Carraspeó y volvió a centrar la conversación en el tema que los ocupaba.

—No se preocupe, Sage, me aseguraré de mandar un recordatorio a todo el personal acerca de nuestra estricta política antifra-ternización. Voy a pedirle a Keeley que la acompañe a casa. Disfrute del fin de semana.

Claramente desconcertada ante aquella abrupta despedida, se puso de pie y asintió. Tenía los ojos llenos de interrogantes mientras se alejaba de la luz del sol, que ahora que ella ya no estaba parecía más tenue. Trystan pensó que sin duda se le estaban yendo las cabras.

—Gracias, señor. Espero que disfrute de unos días de descanso. *Permítame que lo dude.*

—Váyase antes de que revoque mi generosidad y le haga limpiar el suelo de la cámara de tortura.

Esbozó una mueca que, de no haber sido por su incapacidad para apreciar el humor, le habría parecido cómica. Lo cual era una prueba más de lo ridícula que era.

—¡Uf, no! —Puso cara de asco—. Señor, le ruego que la próxima vez utilice la lona que le compré.

—Váyase —le ordenó.

Y se fue, dejando atrás su aroma a vainilla para torturarlo. Cerró los ojos, inhaló y odió que aquel olor lo calmara.

Hizo ademán de volver a colocar la silla en la esquina para recuperar el control de la situación, pero entonces recordó cómo la luz le había iluminado el rostro ahí sentada. Se quedó mirando el objeto un momento, pensativo.

Después decidió dejarla donde estaba.

La batalla silenciosa entre ellos había llegado a su fin.

Y estaba claro quién había ondeado la bandera blanca.

Al salir con paso firme hacia la sala principal, vio a Rebecka Erring recogiendo sus cosas. Al acercarse, ella se enderezó.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarle antes de irme, señor?

—¿Cuál es nuestra política sobre fraternización entre empleados?

Los enormes ojos de la mujer se agrandaron hasta sobrepasar el borde de sus lentes.

—No tenemos ninguna. En contra de mi recomendación, debo añadir. Sin embargo, los trabajadores no suelen socializar en la oficina, excepto si usted les da permiso.

—Yo nunca doy permiso —repuso él.

Ella arqueó una ceja.

—Exacto.

—Encárguese de redactar una, y de que quienes la incumplan se atengan a las consecuencias.

—¿Con consecuencias se refiere a un despido?

—Entre otras cosas —contestó con sequedad.

La señorita Erring no lo pensó más de una vez antes de responder:

—Me aseguraré de que los demás trabajadores estén al tanto, señor. Y también de que Thomas no vuelva a pedirle a la señorita Sage que se involucre sentimentalmente con él.

¿Thomas? ¿Fue Thomas? Ese enano escuálido...

—¿Usted lo sabía? —la acusó.

—Le hizo unos comentarios tan inapropiados que todo el mundo se enteró —dijo la señorita Erring cruzándose de brazos—. Si me hubiera hablado así a mí, le habría clavado mi abre-cartas favorito en el corazón.

Tres pensamientos se manifestaron a la vez: el primero era que Sage había minimizado el encuentro; el segundo, que la señorita Erring era mucho más despiadada de lo que creía; y el último... Bueno.

Por primera vez, estaba deseando que llegara el fin de semana.

Salió de la sala con paso firme, oyendo cómo la señorita Erring le preguntaba a sus espaldas:

—¿Adónde va?

Dejó que su poder lo envolviera en oscuras oleadas. Al responder, su voz no era más que un susurro en el silencio de la oficina, ahora vacía.

—A colocar la lona.

Bajo ninguna circunstancia era recomendable adoptar el papel de adversario de El Villano.



CAPÍTULO 1

EVIE

Evie Sage apuntó con su daga a la garganta de Trystan Maverrine.

—No me dejes en vilo, Evangelina.

Era sorprendente que aquella situación la hubiera tomado desprevenida. Sobre todo teniendo en cuenta que la noche anterior le habían arrebatado su identidad y la habían sustituido por una nueva. Si algo debía haberla dejado impactada eran las acciones de sus padres, los cerebros que la habían llevado a convertirse en villana.

O, más bien, la habían devuelto a su estado natural.

Su destino estaba escrito. La profecía de *La historia de Renne-dawn* le había asignado ese papel y sus padres habían utilizado la magia y la manipulación para pasárselo a otra persona.

La misma persona que estaba empujando su piel contra el filo de la daga.

Respirando con dificultad en aquel estudio a oscuras, en lo más profundo de la Mansión Masacre, Evie abrió los ojos a pesar del aturdimiento inducido por el sueño y vio a Trystan. Su voz grave retumbaba en la penumbra de una habitación en la que nunca había estado; una en la que había entrado por error hacía unos instantes.

—Será más rápido si le das a la arteria. —Le agarró la muñeca y la atrajo hacia sí, sujetándole la mano con más firmeza contra la piel de su cuello.

Con el corazón acelerado, Evie tragó saliva. Observó los ojos oscuros de Trystan a la tenue luz de las velas, con el resplandor del amanecer de fondo, y fijó la mirada en sus labios. La enorme mano incrementó la presión en la muñeca sin intención de soltarla, mientras que la otra se aferró a su cadera, atrayéndola hasta que pudo distinguir la sonrisa dibujada en los labios de Trystan.

—No tiene ninguna gracia —susurró indignada, esperando que no percibiera el deseo en su voz, la innegable necesidad de dejarse caer en sus brazos como la princesa de uno de sus libros.

Sin embargo, Evie Sage no tenía nada de princesa.

De hecho, si había un miembro de la casa real en esa sala, técnicamente era el hombre que tenía delante. Se aguantó la risa ante la imagen de Trystan con una tiara.

—Suéltame —le ordenó, moviendo la muñeca e intentando retroceder, pero él la sujetaba con firmeza.

—Jamás —respondió con voz tranquila, y luego la soltó tan rápido que casi pierde el equilibrio, pero por suerte logró sujetarse a una de las estanterías polvorientas.

—Me asustaste —susurró a modo de explicación mientras guardaba la daga. La llevaba en un cinturón que se había puesto antes de escabullirse de su dormitorio.

No se atrevía a volver al despacho, y menos ahora, con el recuerdo de Benedict mancillando su único refugio, destruyendo su sentido de la identidad con total indiferencia.

«Sí, Trystan siempre estuvo destinado a ser el príncipe verdadero de la profecía. Y usted, querida, siempre ha estado destinada a ser La Villana».

La magia negra que antes estaba a las órdenes de él ahora se agitaba bajo la piel de Evie, acercándose a la superficie, pidiendo que la invocara, que la persona destinada a manejarla desde un principio la usara. Se arremolinó a sus pies, jugando con los lazos

de la parte superior de sus zapatillas, rozando la parte baja de su camisón.

—Te pido disculpas —murmuró él, arrodillándose junto al fuego de la chimenea. Empujó los troncos con el atizador y las llamas le bailaron en el rostro—. No te oí entrar.

—No podía dormir y vi que había una luz encendida —contestó caminando hacia él y sentándose en el gran sillón acolchado. Dobló las piernas y se abrazó las rodillas contra el pecho—. ¿Para qué sirve esta habitación? ¿Es una biblioteca? ¿Un estudio?

Él no se dio vuelta para mirarla, pero ella captó cómo se le tensaban los músculos de la mandíbula y fruncía el ceño mientras se concentraba en empujar otro tronco.

—Ambas cosas, supongo. Cuando encontré la mansión, esta era una de las pocas habitaciones que el paso del tiempo había dejado intactas. Solo había algo de polvo y escombros que se limpiaron fácilmente. Venía aquí en busca de consuelo cuando mis pensamientos y mi ira se volvían demasiado turbulentos.

—¿Cómo es que nunca la había visto? —El corazón de Evie latió con fuerza al formular la pregunta. Detestó la vulnerabilidad que emanaba de sus palabras.

Trystan dejó el atizador sobre la mesa, flexionó el brazo a un lado del cuerpo mientras se ponía de pie y, por fin, giró hacia ella. Evie deseó que no lo hubiera hecho. Era devastador contemplar los rasgos marcados de su hermoso rostro. Los ávidos ojos de Evie captaron cada sutil cambio de emoción cuando él señaló con un gesto la parte de la habitación que estaba separada por una cortina.

—Ha estado en reparación durante las últimas semanas. Los constructores mágicos acaban de terminarla.

Un recuerdo afloró en su mente y la alejó de esa estancia para llevarla a un día que no iba a olvidar fácilmente. El tictac. Ella corriendo. La bomba. Había explotado en esta torre. Por eso había visto libros tras las paredes derruidas.

Había lanzado el explosivo a la altura de su santuario.

«Nada de lo que había ahí era valioso, no tanto como... No había nada importante».

Trystan había utilizado esas palabras para tranquilizarla cuando ella lloraba por el daño que había causado.

—Me mentiste —lo acusó, levantándose sin más preámbulos y apuntándole al pecho con un dedo a pesar de su mirada de advertencia.

—No —gruñó él, aparentemente molesto por la acusación, y luego se pasó una mano por el pelo y se dirigió con paso firme hacia las cortinas para apartarlas y revelar los muebles recién reparados. También había libros chamuscados por las llamas en proceso de conservación.

—Dijiste que lo que había aquí adentro no era importante. —Las lágrimas de ira que se le acumulaban en los ojos eran igual de indeseadas que de exasperantes. La magia se replegó expectante, animada ante aquel destello de emoción, pero usarla era como agarrar una cinta de seda: se le escurría entre los dedos en cuanto la tocaba—. Nunca me contaste que había destruido tu refugio sin querer.

—Es que no era importante —replicó él, analizándole el rostro con ojos sinceros—. Sobre todo si la alternativa era perderte.

—Quizá ese fue tu error. —Algo oscuro y desagradable se estaba soltando en su interior, sacando a la superficie miedos y ansiedades irracionales—. A lo mejor el destino intentaba corregir lo que habían hecho nuestros padres y solo pospusimos lo inevitable. —No era el exceso de emoción en su voz lo que la asustaba, sino la ausencia de la misma—. Quizá La Villana está destinada a morir y el príncipe a vivir su final feliz.

Se acercó tan rápido que Evie no tuvo tiempo ni de jadear antes de que él la agarrara por ambos brazos y la sacudiera ligeramente.

—¡Basta! ¡No vuelvas a decir eso jamás! —Su mirada rebosaba rabia. La fría fachada que tanto le gustaba mostrar había desaparecido y lo que quedaba era...

Embriagador.

Él notó el cambio en la energía de Evie de inmediato y deslizó la mano por el costado de su cuerpo mientras se inclinaba hacia ella con los ojos cerrados. ¿Le resultaba dolorosa esa proximidad? Tampoco era tan descabellado pensar que sí. Estaban predestinados a ser enemigos, eran arquetipos opuestos en la misma historia.

Ella había nacido para causarle dolor.

El valeroso príncipe, atormentado por la malvada villana.

Con la de veces que lo había incordiado e incomodado aproximándose a él... ¿Esos acercamientos eran inocentes o estaba alimentando un impulso grabado a fuego en su alma, el de hacerle daño?

Por los dioses, ¿y si se lo hacía? El pensamiento la invadió, dejando heridas abiertas a su paso.

No puedes ser feliz, espetó una voz insidiosa que se parecía demasiado a la suya. Lo dijo como si fuera un hecho. *Por eso todo el mundo te deja siempre atrás. Por eso, por mucho que intentes mantenerte alegre y positiva, siempre acabas mal. Las cosas siempre te saldrán mal.*

El bucle de pensamientos se volvió insoportable.

Entreabrió los labios y notó que el pecho se movía tan rápido como su respiración. Sintió un calor palpitante cuando los ojos de Trystan se posaron en su boca y se quedaron allí mientras volvía a hablar.

—Sé que estás sufriendo. Sé que estás confundida. Pero, por los dioses, no menosprecies el sacrificio de Arthur insinuando que deberías haber muerto ese día. Ni ningún otro.

Recordar la muerte de Arthur, cuyo cuerpo en ese momento iba en camino al pueblo natal de Trystan, la destrozó.

Él observó con horror cómo su rostro se desencajaba y caía de rodillas. La magia la rodeó y unos sollozos intensos la sacudieron al tiempo que balbuceaba:

—Lo siento. No quería... provocar esto, no sé cómo...

Antes de que pudiera soltar otra palabra, Evie estaba en sus brazos. Le apoyó una mano en la nuca mientras ella lloraba contra su hombro, aferrándose a su camisa.

—Yo sí que lo siento. —El murmullo de su voz retumbándole en el pecho la hizo suspirar. Se acurrucó aún más contra él—. Cariño, mírame.

El término afectivo le resultó tan impactante que se apartó de repente, contemplándolo con desconcierto.

—¿Qué has...? ¿Me acabas de llamar «cariño»?

—Creo que, de todas las revelaciones que hemos tenido últimamente, esta debería ser la menos sorprendente —respondió él con tono seco.

Ella lo miró atónita y él cerró los ojos con fuerza, suspirando exasperado. Cuando por fin los abrió, estaban llenos de una diversión a regañadientes.

—Quiero mostrarte algo.

Sin previo aviso, la agarró por la cintura y la hizo girar. Su tacto fue superficial, pero, aun así, a Evie se le erizó la piel de los brazos. La sujetó por los codos y ella se dejó guiar más allá de las mesas tapadas con sábanas hasta una pila de libros desgastados y cubiertos de telarañas.

—¿Querías enseñarme que necesitas un plumero? —murmuró enarcando las cejas.

Él le lanzó una mirada burlona antes de tomar un libro de la parte superior de la pila y colocarlo encima de una de las mesas cubiertas. Un tenue candil descansaba sobre la superficie, complementando la escasa luz del sol naciente.

—Dejé de venir a esta estancia poco después de que empezaras a trabajar aquí.

La mente de Evie iba a toda velocidad, tratando de seguir el hilo de la conversación.

—¿Porque la destruí con una bomba? —le recordó ella, preguntándose si, además de perder la magia, también estaba perdiendo la memoria.

—No, Sage —se rio con amargura. Tomó el candil y se dirigió hacia la puerta—. Lo que digo es que, mucho antes de que se produjeran los daños, ya había dejado de visitar este lugar cuando necesitaba encontrar paz. —Empujó para abrirla, con la mano apoyada en el picaporte.

Ella negó con la cabeza.

—No lo entiendo. Entonces, ¿adónde ibas cuando querías estar en un lugar seguro?

—Te buscaba a ti.



CAPÍTULO 2

LYSSA

Lyssa Sage era una traidora.

O, al menos, estaba a punto de serlo.

La menor de los hermanos Sage caminó de puntitas hacia los aposentos de Tatianna y empujó la puerta con cuidado. Cuando estuvo entreabierta y comprobó que no había peligro, se escaulló adentro, pasando junto a la curandera, que estaba dormida. La mujer exhalaba con la cara apoyada en la palma de la mano y el codo descansando sobre la cama de al lado, en la que yacía la madre de Lyssa, Nura. Sin embargo, Lyssa no se encontraba allí por su madre.

—Señorita Erring —susurró Lyssa empujando el hombro de la mujer de Recursos para Humanos y Criaturas Mágicas. Se despertó de un sobresalto tan brusco que los lentes apoyados sobre su cabeza salieron volando y cayeron en las manos de Lyssa—. Buenos días —la saludó en voz baja con una amplia sonrisa—. ¿Puedo hablar con usted afuera?

La señorita Erring refunfuñó, pero se levantó de la cama y siguió a Lyssa hasta que se encontraron al otro lado de la puerta, ahora cerrada.

—Lyssa, no deberías andar por ahí sin un adulto hasta que hayamos confirmado que la mansión es segura.

Lyssa se preguntó para sus adentros si a las personas se les confiscaba el sentido común al alcanzar la mayoría de edad.

—Lo sé, señorita Erring, pero ¿cómo voy a pedirle a un adulto que me acompañe fuera de la habitación si no hay ninguno conmigo? —le preguntó Lyssa con delicadeza, recordando que la mujer acababa de despertarse y que Evie solía necesitar al menos treinta minutos por la mañana antes de decir algo coherente.

La señorita Erring se rascó la cabeza. Su suave cabello castaño, que en ese momento llevaba suelto, le llegaba justo por debajo de los hombros.

—Podrías practicar la paciencia y esperar a que uno de nosotros venga por ti, como bien te dijimos que hicieras.

Lyssa frunció los labios.

—Odio esperar.

La señorita Erring suspiró.

—De ahí lo de practicar.

Lyssa se dio unos golpecitos en la barbilla antes de cruzar las manos a la espalda.

—Muy bien. La próxima vez que vea a un hombre desconocido deambulando por la mansión me limitaré a aguardar pacientemente a que alguien venga a buscarme.

La señorita Erring pasó de estar somnolienta y desaliñada a furiosa y presa del pánico con semejante velocidad que Lyssa deseó no haber parpadeado.

—¿¡Qué?! ¿¡Cómo que un hombre?! ¿¡Por qué tardaste tanto en decírmelo?!

—Estaba practicando la paciencia.

—¡Lyssa! —gimió la señorita Erring con cara de irritación—. Cuéntamelo todo.

—¡A eso iba!

La mañana de Lyssa había comenzado con el suave giro de un picaporte y el crujido de unas bisagras oxidadas. Evie se había pasado la noche dando vueltas en la cama y al final se había levantado antes del amanecer. Lyssa, lógicamente, se había hecho la dor-

mida y había esperado a que los pasos se alejaran para saltar de la cama y correr hacia la puerta.

Había muchas preguntas que sabía que no debía plantear; por desgracia, era demasiado curiosa como para no darse cuenta de la niebla negra que se cernía sobre su hermana durante la noche. Puede que en el pasado le hubiera dado miedo, pero Lyssa Sage era consciente de que, a menudo, bastaba con un «hola» para descubrir que las cosas más aterradoras eran en realidad amigables.

De hecho, la niebla le había devuelto el saludo antes de subirle las sábanas hasta la barbilla. Le habría encantado darle un golpecito a Evie para que lo viera y pudieran reírse juntas de la situación, pero su hermana se había tapado la cabeza con la manta y se había quedado ahí escondida hasta su huida matutina.

Hay que reconocerle el mérito a Lyssa por no haberla seguido..., al menos durante los primeros quince minutos. ¡Pero es que ella era una narradora! ¡Y su protagonista se estaba yendo por la puerta!

—En resumen, has ignorado todo lo que te dijimos anoche sobre seguridad, ¿correcto? —la reprendió la señorita Erring.

Lyssa asintió frunciendo el ceño.

—Sí, es lo que acabo de decir, ¿no me estaba escuchando?

—¡Aquí la que no escucha lo que le dicen eres tú! —gruñó la señorita Erring—. El desconocido, Lyssa, ¿en qué momento entra en escena?

—¡Ah, sí! —exclamó ella—. Vi a Clare caminando hacia su habitación con un hombre envuelto en una capa negra, y no sé muy bien por qué, pero me parecieron muy sospechosos.

La señorita Erring arqueó una ceja.

—¿Podría ser que ese hombre sospechoso fuera su hermano... El Villano? ¿El mismo que suele vestir de negro?

—No. —Lyssa arrugó el entrecejo con indignación y luego ladeó la cabeza—. Señorita Erring, sabe que a las demás personas también se les permite vestir de negro, ¿no?

Rebecka gimió y apoyó la frente contra la pared más cercana.

—No sé qué es mejor para el dolor de cabeza, si una taza de brebaje o una copa de vino.

—¿Tiene dolor de cabeza en cuanto se levanta? —inquirió Lyssa con curiosidad.

—Me pregunto por culpa de quién será —respondió la señorita Erring con total seriedad.

Lyssa se rio. Era muy divertido cuando la señorita Erring bromeaba, sobre todo porque nunca había visto a otro adulto hacerlo de forma tan torpe.

—Estoy segura de que solo era un guardia o un becario herido por el ataque de anoche, pero, si tanto te preocupa, podemos ir a ver a Clare.

Lyssa dejó de reír al recordar el susto cuando la cabeza del hombre, a la sombra de la capucha de la capa, había girado hacia ella.

—¿De verdad podemos, señorita Erring? Es que no sé por qué, pero me dio la sensación de que había algo raro en él.

—¿Algo raro en quién? —intervino Tatianna, frotándose los ojos para quitarse el sueño mientras se asomaba por la puerta de sus aposentos, ahora abierta.

Lyssa miró con los ojos abiertos de par en par a la señorita Erring, tratando de indicarle que mintiera.

Rebecka le hizo un gesto con la mano.

—Al parecer vio a Clare con un hombre sospechoso.

Al final la traidora iba a ser la señorita Erring.

Tatianna palideció.

—¿Qué? ¿Está bien?

La señorita Erring levantó las manos en señal de rendición.

—Vamos a aclararlo, ¿les parece?

Cuando llegaron al dormitorio de Clare, esta se hallaba de pie junto a la puerta abierta, con expresión angustiada.

—¿Clare? —dijo Tatianna con ternura. Corrió hacia ella y tomó la mano de su antigua prometida—. ¿Te ocurre algo, cariño?

Clare salió de una especie de trance al oír ese término. Con los ojos muy abiertos, retiró la mano que Tatianna le había tomado.

Lyssa tuvo que contenerse para no abuchearla.

—Estoy bien —respondió con voz temblorosa—. Solo un poco desorientada. Tengo que organizar el funeral de mi padre y avisar a Malcolm. La situación me está resultando un tanto abrumadora.

—¿Nos puedes confirmar que no hay ningún desconocido encapuchado reteniéndote como rehén en tu dormitorio? —preguntó sin rodeos la señorita Erring, y Lyssa se tapó la boca con la mano.

A Clare se le salieron los ojos de las órbitas, pero solo por un instante. Después su rostro adoptó una expresión carente de toda emoción.

—No... ¿Qué les hace pensar lo contrario? —inquirió con tono seco.

Tatianna y la señorita Erring le lanzaron una mirada asesina tan intensa a Lyssa que le sorprendió que no le atravesara la piel.

—Vista la cantidad de gente que ha entrado y salido de un lugar al que se supone que es imposible acceder, ¿se me va a castigar por ser cautelosa? —Puso carita de inocente mientras contemplaba a las dos mujeres.

Ambas soltaron un profundo suspiro, lo que significaba que Lyssa había ganado gracias a su estrategia de agotamiento. Era uno de sus grandes talentos. Lo había perfeccionado tras años de práctica con su hermana mayor.

—Lyssa tiene razón —dijo Clare con la vista perdida en la lejanía.

—Lo sé —coincidió Lyssa de forma lacónica, juntando las manos delante de ella.

—La cautela es una virtud —añadió Clare con una sonrisa, pero se esfumó unos segundos después, al mirar hacia atrás—. Tengo, eh..., mucho que hacer. Los entierros de los curanderos de

la esencia son un poco más complejos que los de la gente corriente. Así que... ¡adiós! —exclamó, avanzando por el pasillo y doblando la esquina a paso ligero.

Tatianna intentó detenerla en vano. Clare ya se había ido y a Lyssa le quedó una extraña sensación de incomodidad, como si alguien las hubiera estado observando.

—Anda, Lyssa, vamos a ver cómo está tu madre —sugirió la señorita Erring, que ya se dirigía hacia las escaleras seguida por Tatianna.

Sí, era lo mejor. A Lyssa le encantaban las buenas historias, pero esta estaba tomando un aire demasiado terrorífico y, a pesar de su interés por la maldad, no era su género predilecto. Al menos de momento. No obstante, antes de que pudiera seguirlas, vio un destello por el rabillo del ojo que la detuvo.

Al girar la cabeza en esa dirección, descubrió un jirón de tela blanca en el suelo. Miró a ambos lados y corrió a recogerlo.

Un pañuelo. Con tres palabras garabateadas en él.

Soy yo, tanta.

Lyssa reconoció la letra.

Dio un respingo al oír unos pasos al final del pasillo. Intentó tranquilizarse recurriendo a la lógica. Probablemente solo fuera Clare volviendo a sus aposentos y esa sensación de frío que le subía por los brazos hacia el cuello se debiera al aire matutino que entraba por la ventana. Su imaginación a menudo la llevaba a lugares extravagantes y este no sería más que otro para el recuerdo.

Se guardó el pañuelo en el bolsillo de la falda. Aún sentía que alguien la observaba, lo que la obligó a preguntarse si algunas historias no podían evitar hacerse realidad.

Incluso las que daban miedo.



CAPÍTULO 3

TRYSTAN

Era la hora del té de mediodía y Trystan Maverine estaba gritando... contra una almohada.

O más bien bramaba. Era difícil saberlo con el sonido amortiguado. Arrojó la almohada de vuelta a la cama.

—¿Se siente mejor? —preguntó Lyssa Sage ladeando la cabeza con una expresión de curiosidad—. ¿Eso le ayuda?

—Uy, sí. Estoy como nuevo —respondió con sarcasmo. No ayudaba que la almohada que había tomado fuera de Sage y que el aroma a rosas de su cabello estuviera bombardeándole los sentidos. Por suerte, no se podía inhalar y gritar al mismo tiempo, aunque la almohada parecía burlarse de él desde la cama.

No voy a olerla.

La pequeña villana lo sacó de su debate interior al soltar un bufido contra la taza de té. Tenía una mirada pícara en los ojos. Lyssa era una distracción bienvenida después de que él hubiera escapado del estudio como si la muerte le pisara los talones.

«Te buscaba a ti».

Había revelado demasiado. Se había precipitado. Tenía que ser paciente si quería demostrarle a Evie que ella era su verdadero amor. Que se merecían un final feliz juntos.

Mientras, su objetivo era ser una presencia constante. Un confidente. Un amigo.

Sí. Puedo ser su amigo.

Igual que puedo cortarme el pie si quiero.

—Pensé que hoy era un buen día para hacer una fiesta del té. Lo vi tan triste sentado en su despacho... —Los grandes ojos marrones de Lyssa se posaron en la taza de té y arrugó el entrecejo con aprensión—. Lamento si lo empeoré.

La punzada de determinación que sentía Trystan reclamaba su atención, pero nada podía compararse con la culpa de haber hecho fruncir el ceño a Lyssa Sage. Agachándose junto a la diminuta mesita de té en medio del dormitorio de las hermanas Sage, suavizó la voz y esbozó una sonrisa.

—Su presencia en mi mundo solo lo mejora, pequeña villana.

Lyssa sonrió radiante y luego giró, dándose unos golpecitos en la barbilla, pensativa. Apretando los labios en una fina línea, tomó una galleta de la bandeja y se la entregó. Él le dio un mordisco y percibió el dulzor y un toque a agua de rosas.

—En ese caso, ¿puedo hacerle una pregunta, lord Trystan?

Trystan se sentó en la otra silla diminuta, frente a ella, y notó que crujía bajo su peso al recostarse.

—Puede preguntarme lo que quiera.

—¿Se va a casar con mi hermana?

La sillita se rompió.

De repente, Trystan estaba tendido de espaldas, jadeando en busca de oxígeno. En ese preciso instante se abrió la puerta y Blade entró con aire despreocupado. La manzana que llevaba en la mano se detuvo justo antes de llegar a la boca al ver a Trystan en el suelo. Se le curvaron los labios.

—¿Qué hace ahí abajo, amigo? —Ladeó la cabeza con una sonrisa tan amistosa que a Trystan le entraron ganas de tomar la manzana y matarlo a golpes.

Trystan esperaba que Lyssa se quedara callada, pero en el fondo *sabía* que eso no iba a suceder. Y así fue.

—Lo que pasa es que le pregunté a lord Trystan si iba a casarse con Evie.

A Blade se le veía más que complacido ante aquella revelación. Se colocó las manos en la cintura con una expresión divertida.

—Y su respuesta fue... ¿empezar a romper muebles?

Desde el suelo, Trystan señaló la puerta.

—Fuera. Esta fiesta es solo para invitados.

La sonrisa de Blade se tornó en una mueca seria y dolida.

—Me temo que vengo con malas noticias.

La habitación se quedó en silencio ante aquella declaración. Trystan exhaló mientras se ponía de pie, con la mirada clavada en Lyssa, que parecía igual de temerosa frente a la perspectiva de otra oleada de problemas. La muerte de Arthur seguía causándole un amargo aguijónazo de ira en las entrañas y el corazón se le encogía al pensar en las últimas palabras que su padre le había dirigido.

«Una vida sin amor es una vida vacía, Trystan. Puedes vivir sin mí, pero no sin ella».

No iba a permitir que el sacrificio llevado a cabo por el hombre que, sin engendrarlo, lo crio de todos modos, fuera en vano.

Armándose de valor y sintiéndose en paz con su propósito, Trystan prosiguió:

—¿Son noticias aptas para oídos jóvenes?

Lyssa hizo un gesto con la mano, a medio camino de la puerta.

—Tranquilo, ya me voy. Orejas que no escuchan, corazón que no siente. —Agitó los dedos con un ligero saltito y, justo antes de cerrar la puerta, añadió—: Volveré a hacerle la pregunta más tarde, lord Trystan. —Y entonces se fue.

Blade negó con la cabeza, sonriendo.

—Hay que ver lo lista que es.

—¿Cuáles son las malas noticias? —insistió Trystan. Empezaba a estar agotado—. No lo ha podido encontrar, ¿verdad?

No hacía falta especificar de quién hablaba. Ambos lo sabían.

Blade cerró los ojos un momento y exhaló un suspiro, luego se sentó en la única silla que quedaba en pie. La proporción de su cuerpo con respecto a esta resultaba cómica, pero era difícil reírse justo después de perder no solo a su padre, sino también a su mejor amigo.

—Ya registré todos los estanques en un radio de cinco kilómetros. No hay ni rastro de él. —Blade se frotó las sienes—. ¿Cree que es posible que siga en la mansión?

—Ya miré en todos los sitios que solía frecuentar —suspiró Trystan, frotándose la barba incipiente de la barbilla—. Tampoco tuve suerte. Dioses, ¿y si está...?

—No. —Blade negó enérgicamente con la cabeza—. No, revisé el perímetro hasta donde una rana de su tamaño podría llegar. Apostaría todos mis chalecos a que sigue aquí, en algún lugar de la mansión.

—¿Acaso está intentando convencerme de que no lo busque? —murmuró Trystan con sequedad, cruzando los brazos sobre el pecho y repasando de arriba abajo el llamativo atuendo amarillo del adiestrador de dragones.

Este sonrió, abriendo los brazos de par en par.

—Al menos con estos chalecos siempre se me ve a la legua.

—A diferencia de a una rana verde. En un bosque verde. —Trystan se frotó el puente de la nariz, sintiéndose bastante más viejo que los veintinueve años que tenía.

—El bosque está perdiendo poco a poco el color debido a que la magia se desvanece, si eso le consuela. —Blade ofreció aquella información justo antes de darle un mordisco a una galleta con forma de lirio.

Trystan se limitó a mirarlo con rabia. Luego tomó una decisión en silencio mientras Blade le daba otro bocado a la galleta.

—Evie y yo nos acostamos.

El entrenador de dragones se inclinó hacia adelante del impacto, con la mandíbula tan desencajada que el trozo de galleta se le cayó de la boca. Tenía los ojos tan abiertos que Trystan se preguntó si se le saldrían de las cuencas.

—Usted... usted... Usted y Evie se... O sea, ustedes dos han...

—Fornicado —terminó Trystan por él, avergonzado al darse cuenta de que se sentía un poco inseguro ante su confesión. ¿Qué demonios estaba haciendo?

—¡NO DIGA «FORNICADO»! —Blade se llevó las manos a las orejas; parecía dispuesto a luchar contra esa palabra llegado el caso—. Tengo demasiados pensamientos a la vez. Me va a explotar la cabeza.

—Intente verbalizar uno, a ver qué ocurre —espetó Trystan, ahora con más que un atisbo de vulnerabilidad, un sentimiento que quería aplastar como a un insecto.

Blade se pasó los dedos por el pelo y luego apoyó las manos en las rodillas. Se le notaba falto de aire.

—¿Dónde? ¿Cuándo? —balbuceó.

—En un granero —respondió Trystan de inmediato, sin entusiasmo, pero tampoco andándose con rodeos. Echó un vistazo al reloj de bolsillo—. Hace treinta y cinco horas.

La sonrisa de Blade le indicó a Trystan que había revelado demasiado y que estaba a punto de ser castigado por ello.

—¿Lleva la cuenta de las horas?

—Es más fácil medir el tiempo por horas —protestó Trystan indignado.

Blade soltó una carcajada, aplaudiendo con alegría.

—¿En un granero? —repitió—. Jamás me los habría imaginado haciéndolo en un granero.

—Es que no debería imaginarnos haciéndolo en *ningún* sitio —espetó Trystan, sintiendo que la cabeza le iba a estallar.

Con los ojos muy abiertos, Blade se frotó las mejillas como si acabara de despertar de una pesadilla.

—¿Tiene mil almohadas en su cama y decide llevar a esa pobre mujer a un granero? —El domador de dragones soltó la frase agitando los brazos de una forma que hasta a Fluffy le habría parecido impresionante.

—Era lo que había disponible en ese momento —protestó Trystan, y es que en aquella situación le habría valido cualquier cosa. Una silla, una pared, una mazmorra...

Vaya. Interesante.

Aunque era muy posible que esos lugares le parecieran aptos solo por la idea de estar ahí con ella. Antes nunca se había parado a pensar en esas cosas. El sexo era un medio para obtener liberación física, para que pudiera continuar con sus labores de malvado sin que sus instintos más básicos lo entorpecieran. Pero con Evie era diferente.

Con ella, había perdido el control. Y ahora sus instintos básicos lo inundaban todo.

Ya no era una cuestión de liberación, sino de desatar fuerzas. Una parte salvaje y latente en su interior cobraba vida con solo mencionar su nombre. Era como un vino cuyo sabor no podía borrar, una tormenta a la que jamás podría hacer frente. Ella eclipsaba todo lo que él creía entender y lo moldeaba con sus encantadores dedos para formar algo nuevo, para convertirlo *a él* en alguien nuevo.

En alguien mejor.

O peor.

Lo cierto es que le daba igual siempre y cuando fuera suya.

Hubo un momento de pausa. Un silencio cómodo y agradable.

Pero Blade lo arruinó abriendo la boca.

—Entonces, ustedes dos... ¿Estuvo...? Eh... —Se rascó la nuca—. ¿Qué se me permite preguntar sin riesgo de ser degollado?

—La hora.

Blade levantó los brazos y se dejó caer desde la diminuta silla al suelo.

—En ese caso, ¿para qué me lo cuenta?

Trystan no sabía por qué lo había hecho. Lo único que tenía claro era que su vida se había vuelto a poner patas arriba, que la mujer que ocupaba todos sus pensamientos estaba destinada a ser

su enemiga y que la magia con la que había convivido durante años y años ya no lo acompañaba.

Y lo más sorprendente era que no la echaba de menos, quizá porque nunca había sido suya de verdad.

—Porque coincidió que pasaba por aquí, supongo —razonó Trystan alisándose la camisa, asegurándose de que su atuendo estuviera impecable. Cuando uno no podía controlar hacia dónde iba su vida, al menos podía asegurarse de no llevar nunca la ropa arrugada.

Para él ambas cosas estaban al mismo nivel.

—Me halaga, aunque creo que en realidad es porque soy su único amigo —soltó Blade con un resoplido, pero un segundo después se puso serio al darse cuenta de que había otro amigo. El que en ese momento brillaba por su ausencia. A Trystan se le formó un nudo en la garganta—. Entonces, ¿por fin están juntos? —preguntó con aspecto de estar preparado para esquivar un puñetazo en caso de ser necesario.

Quizá por eso Trystan decidió responder con sinceridad.

—No.

Blade se llevó las manos a la cabeza.

—Por supuesto que no. Eso tendría demasiado sentido. Lo juro por los dioses, parece que disfrutan de hacerse la vida imposible mutuamente.

—Eso no es cierto —objetó Trystan, indignado, mientras se ponía de pie—. Sage se está adaptando a un cambio de paradigma radical. No pienso presionarla para que ceda ante mis deseos egoístas. —Remarcó aquella declaración empujando el hombro de Blade antes de dirigirse con aire despreocupado hacia la puerta. Salió al pasillo iluminado por el sol con Blade pisándole los talones.

—¿Son conscientes de que cada mala decisión que toman ustedes dos la sufrimos todos? —murmuró el adiestrador entre dientes, pero Trystan lo ignoró hasta que llegaron a las puertas de su despacho... que estaban entreabiertas.

Un escalofrío le recorrió la nuca. Sus temores se confirmaron cuando empujó la batiente hasta abrirla del todo y se encontró con la habitación patas arriba.

Blade silbó a su lado.

—¿Alguna vez se ha planteado usar una pelota antiestrés en lugar de destruir sus pertenencias? Me parece injusto para el Departamento de Limpieza.

—No fui yo —contestó Trystan impasible—. Alguien estaba buscando algo.

El fuego crepitaba en la chimenea a pesar de que estaba apagado cuando se había ido. ¿Por qué iba alguien a saquearle el despacho para después dejarle la chimenea encendida? Sin embargo, al acercarse, Trystan se dio cuenta de que todos los cajones de su escritorio estaban abiertos y que los papeles y objetos yacían tirados en el suelo o habían desaparecido. Lo único que quedaba eran folios y pergaminos cubiertos de ceniza, doblándose entre las llamas. No había ni rastro de las páginas que habían conseguido robar del libro de *La historia de Rennedawn*.

Trystan apretó los puños. La ira le corría por las venas. Solo había dos planteamientos posibles: o bien Marv había encontrado una forma de escapar de las mazmorras...

O no era el único traidor que había entre ellos.

Se abalanzó hacia la salida, pero se detuvo cuando algo le llamó la atención. Algo que le provocó otro escalofrío.

Se dio la vuelta lentamente y descubrió que faltaba una cosa más.

El objeto que había dejado sobre la cama de la rana para que estuviera a buen recaudo.

La corona de Reymundo.

Con los ojos entrecerrados, salió por la puerta con la voz de Blade de fondo:

—¿Adónde va?

—A las mazmorras —gruñó.

Allá donde los traidores acechaban en la oscuridad.